

# El país donde no se necesita dinero

Título Original: Okane no Iranai Kuni  
Por Ryujin Nagashima

Edición Original : Editorial Chikyumura ©2003 en Osaka  
ISBN978-4-902306-16-3

Traducido por Chieko Homma

Cuando me di cuenta, estaba parado en medio de una ciudad desconocida, llena de edificios y vehículos transitando por las calles. Podía jurar que se trataba del lugar donde yo vivía, pero no lo era. El cielo parecía más azul, el aire era más transparente y se podían apreciar zonas verdes con flores por todas partes. También se podía ver a personas de diferentes razas caminando por las calles y, aunque parezca extraño, podían comunicarse sin problemas con el idioma y platicaban alegremente. Me quedé parado sin saber qué hacer, cuando de repente un hombre de apariencia japonesa se acercó y me dijo:

Bienvenido. Lo estaba esperando.

Se trataba de un caballero refinado, como de unos 45 años, ataviado con un traje oscuro. No podía reconocerlo y en medio de mis titubeos el hombre volvió a decir:

Acompáñeme.

No entendí para qué me quería, pero lo seguí, porque después de todo no parecía una mala persona.

El lugar era muy distinto a la ciudad en la que yo vivía. Los edificios, los autos y absolutamente todo era más bello y combinaba con la naturaleza. No era un lugar ostentoso ni lleno de lujos, sino todo lo contrario: parecía una ciudad muy sencilla pero con una belleza funcional perfecta, llena de diseños y colores amigables. Mientras lo seguía, trataba de apreciar toda la belleza que había a mi alrededor. En seguida, el hombre entró por la puerta de una cafetería. El local no era muy grande, pero sí bastante limpio y bonito. En cuanto nos sentamos a la mesa, se acercó una mesera y nos llevó la carta.

Bienvenidos. A sus órdenes —dijo.

La mesera era una chica simpática de raza negra, que al parecer se comunicaba en japonés sin problemas. El hombre me mostró la carta para que yo ordenara algo, y sin verla, titubeé diciendo: Un ca... café...

El hombre devolvió la carta a la mesera y ordenó:

Dos cafés, por favor.

Me cayó bien su forma de ordenar, muy amable y cortés.

En seguida.

Respondió la mesera con una amable sonrisa y se metió a la cocina.

Se hizo un breve silencio y me atreví a preguntar.

Este...

El hombre no dejaba de sonreír y me miró.

¿En dónde estamos?

El hombre permaneció en silencio por unos instantes y después me respondió con una pregunta:

¿Dónde cree usted que estamos?

¿Cómo? —volví a preguntar.

No supe qué contestar. ¿Estaría burlándose de mí?, pensé. Sin embargo, parecía un hombre serio y amable. ¿Por qué me trajo hasta aquí? Cambié la pregunta.

— ¿Quién es usted? ¿Me conoce?

El hombre volvió a sonreír.

Muy pronto lo sabrá. Pero no se preocupe, no le va a pasar nada malo. Ahora sígame.

No estaba muy seguro de querer seguirlo, pero tampoco quería quedarme solo en esa ciudad desconocida para mí. Así que por el momento decidí hacer lo que me dijo. Poco después nos llevaron el café y lo bebimos en silencio. El hombre seguía sonriendo y yo no entendía la razón. Por lo menos el café estaba bastante bueno. Una vez que terminamos el café, el hombre me dijo: Nos vamos.

No sabía a dónde, pero asentí con la cabeza y me levanté del asiento. El hombre salió de la cafetería y por un momento me quedé contrariado. ¿Me hará pagar la cuenta del café?, pensé. Sin saber qué hacer, lo seguí y salí de la cafetería después de él. Creí que la mesera nos detendría. Pero ella se nos quedó mirando con la misma sonrisa de antes y nos dijo:

Muchas gracias. Regresen pronto.

El hombre empezó a caminar con paso acelerado. Mientras lo seguía, llegué a la conclusión de que el hombre iba muy seguido a esa cafetería y que seguramente había dejado con anterioridad los vales para el café. Sólo así podía explicarme lo sucedido. De igual forma, me dio pena que un desconocido pagara mi cuenta, así que le pregunté, aunque sabía que iba a rechazar mi ofrecimiento de pagar la cuenta:

¿Cuánto le debo?

El hombre, contrariado, se me quedó mirando.

¿De qué me habla?

Pues del café. De la cuenta del café que tomé.

¿Perdón?

—Vamos a dividir la cuenta en dos. ¿Le parece? Me da pena que usted haya pagado por los dos.

El hombre, con una expresión de extrañeza me contestó:

¿Dividir? ¿Qué cosa vamos a dividir?

En ese momento me molesté. No cabía la menor duda de que el hombre se estaba burlando de mí. ¡Cómo no revisé bien la carta!, me lamenté en ese momento. Entonces le dije en un tono más fuerte.

La cuenta del café. ¡Dígame cuánto fue, porque quiero darle ese dinero!

¿Dinero?... ¿Cuánto?... ¿De qué me habla?

No supe qué responder. ¿Hasta dónde quiere llegar con todo esto y continuar burlándose de mí?, me pregunté. ¡Qué tipo! Así que resignado pensé: Bueno, si me quiere invitar, que me invite. Total, yo no pierdo nada.

El hombre entró después en un edificio enorme, que parecía las oficinas de una compañía muy importante. Lo seguí sin preguntar nada. Dentro del edificio nos cruzamos con varias personas que lo saludaban a su paso de forma muy cortés y el hombre respondía amablemente a cada uno de los saludos. Podía suponer que se trataba de un ejecutivo de esta empresa por su forma de desenvolverse, o tal vez podría tratarse de un directivo muy apreciado por el personal de la compañía. Mejor dicho, podría ser el mismo director general. De ser así, ¡cómo no me lo dijo

antes! No le hubiera reclamado lo de la cuenta del café. Creí que había conocido a un hombre muy importante, cuya relación me podía convenir.

El hombre se quedó parado enfrente de la puerta y me pidió que lo esperara en un sillón cerca, abrió la puerta y entró. Para ser la puerta de la oficina del director general, se veía bastante sencilla, pensé. Me senté en un sillón que resultó ser mucho más cómodo de lo que parecía y esperé hasta que saliera.

De repente se abrió la puerta. En lugar del hombre elegante que había entrado hacía un momento, salió el señor de limpieza. Me fijé bien en la persona que salió y no lo podía creer.

Perdón por haberlo hecho esperar —repuso el hombre.

No cabía la menor duda. Era el mismo hombre de antes, pero vestido con ropa de trabajo y guantes. Arrastraba una máquina que parecía una aspiradora. En ese momento me quedé perplejo, sin poder pronunciar palabra alguna. Entonces él me preguntó.

¿Le sucede algo? ¿Me nota algo raro?

En ese momento no supe qué responder y sólo pregunté:

Este... ¿usted es empleado de intendencia?

El hombre asintió con mucha seguridad.

Así es. Me he dedicado a la limpieza de este edificio durante todos estos años.

Me sentí muy desilusionado, porque había pensado que se trataba de un hombre rico e importante que tenía el puesto de director general o por lo menos, a un ejecutivo de una empresa... Honestamente me decepcioné mucho. Sin importar mi estado de ánimo, el hombre encendió la aspiradora para comenzar su trabajo. Evidentemente la máquina era de alta tecnología y no hacía ningún ruido. Después el hombre me dijo:

Me hubiera gustado acompañarlo para mostrarle la ciudad, pero tengo que trabajar en este lugar. ¡Qué pena! Pero ¿por qué no sale usted solo a dar una vuelta? No tiene nada de qué preocuparse. La gente de esta ciudad es muy amable, y si tiene algún problema lo ayudarán. Cuando se canse del paseo, regrese. Mientras tanto yo puedo quedarme y hacer mi trabajo.

Sentí un poco de zozobra, pero tampoco tenía nada que hacer ahí. Decidí salir solo del edificio. La ciudad seguía siendo muy bella y animada. De cualquier forma me preguntaba: ¿cómo llegué a este lugar tan extraño?; ¿en dónde estoy?, mientras observaba a las personas que transitaban por las calles. Realmente esta era una ciudad cosmopolita, con todo tipo de personas: de raza blanca, negra y amarilla. Pero, al parecer todos se llevaban muy bien, platicaban alegremente, e incluso algunos sonríen. Al verlos felices, me sentí muy contento y pensé: desconozco el nombre de la ciudad, pero es un lugar maravilloso. Podía asegurar que no estaba en Japón. Por los diferentes tipos de personas que habitaban la ciudad, ¿estaría en los Estados Unidos? Pero, no creo que exista una ciudad tan bella y pacífica como esta en los Estados Unidos.

En ese momento pasó frente a mí una chica muy hermosa y de tez blanca que parecía ejecutiva de la empresa, así que me atreví a preguntar:

Oiga, disculpe ¿cómo se llama este lugar?

La chica se me quedó mirando y sonrió. Me lamenté por haberle hablado en japonés. Así que pensé en cómo debería decirlo en inglés. Cuando ella me respondió con otra pregunta:

¿En dónde cree usted que estamos?

La chica se fue caminando con pasos rítmicos y una sonrisa en los labios. Me quedé sorprendido. ¡Caray! Además de que me respondió en japonés, se burló de mí. ¿Qué estarán pensando tanto aquel hombre como esta mujer? Parecían buenas personas, pero tal vez no lo eran.

Me sentía frustrado, cuando de repente tuve una idea genial. ¡Podía consultar un mapa! Seguramente el mapa me diría algo sobre este lugar. Para mi fortuna, estaba parado enfrente de una librería, así que entré. Pasaron sólo unos minutos para que mi plan se viniera abajo. Efectivamente en la librería había mapas, e incluso logré encontrar algunos en japonés que pude comprender sin problemas. Descubrí que esta ciudad, o mejor dicho, este país, tiene una extensión enorme. Sin embargo, no pude encontrar su ubicación, es decir, en qué parte del planeta se encontraba. Me quedé desconsolado. ¡No puede ser!, pensé. A pesar de que se trataba de un país tan grande, yo no conocía de su existencia. Tampoco me enseñaron nada sobre este país en la clase de geografía. ¿En dónde diablos estaba? ¿A lo mejor no estaba en el planeta Tierra? No, es una tontería pensar así, me dije. No hay noticias de que exista otro planeta habitado por seres humanos a excepción del nuestro.

Salí de la librería y estuve a punto de desmayarme. No entendía lo que estaba sucediendo. ¿Qué iba a hacer entonces? Al voltear, encontré un restaurante muy pequeño y acogedor. En ese momento sentí mucha hambre y pensé: por lo pronto, voy a comer algo. Probablemente la comida me ayudaría a pensar en algo mejor. Abrí la puerta del lugar y entré. Seguí a la mesera quien me asignó la mesa, me senté y abrí la carta que me entregó, en la que se encontraban varias imágenes de los platillos con ingredientes naturales que se veían deliciosos. Sentí una gran emoción, pero a su vez, me despertó cierta preocupación, porque me di cuenta de algo muy importante. La carta no incluía los precios. ¡Qué tonto! Tal vez era un restaurante muy caro, porque las mesas y las sillas parecen muy finas... ¿Qué hago?, pensé. No traigo mucho dinero. Pero, tampoco puedo irme así. ¿Me alcanzará? Bueno, ya Dios dirá. De todos modos no creo que acepten yenes japoneses. En el peor de los casos, pediré al restaurante que me dé el tiempo mientras voy a buscar al hombre que conocí hace rato para pedirle prestado.

Con un poco de miedo seleccioné un platillo que a mi juicio no costaría tan caro. La mesera me sonrió, se metió a la cocina y en seguida volvió con la comida que había ordenado. En cuanto me sirvió, empecé a comer como loco sin pensar en la cuenta. Además del hambre que tenía, el platillo estaba delicioso. Seguramente había devorado la comida. Cuando terminé, me di cuenta de que dos chicas, una de raza blanca y otra de raza negra que parecían estudiantes estaban sentadas en la mesa de al lado riéndose disimuladamente. Así que, apenado, me levanté de la mesa.

Había llegado el momento crucial. ¿Cuánto debo pagar? Me dirigí a la puerta del restaurante y busqué la caja. Pero no la encontré. Me regresé y pregunté a la mesera.

Este...

Sí, a sus órdenes.

La mesera, que parecía una chica agradable de aspecto oriental, me contestó en japonés de forma muy amable.

Disculpe, ¿dónde está la caja?

La chica parecía no comprender mi pregunta. Probablemente no me oyó bien, porque había muchos comensales y bastante ruido en el lugar. Así que volví a preguntar más despacio.

Perdone, ¿dónde está la caja?

Al parecer no supo qué contestar y me respondió en voz baja.

Perdón, pero aquí no tenemos una cosa así

Ahora fui yo quien se quedó perplejo. ¿Qué estará pasando con la gente de este país? ¿Acaso se divierten burlándose de las personas que no son de aquí? Sin decir nada la miré con ojos de pocos amigos, y apenada, ella agachó la cabeza. Creo que me dio más pena a mí, así que con un tono más amable le pregunté:

Deseo saber el precio de la comida que consumí. Si no sé cuánto es, no puedo pagar. Si no me dice, me iré sin pagar. ¿Entiende?

La mesera alzó la cara y dijo extrañada:

Si terminó de comer, usted puede retirarse. Si quiere algo más, puede ordenarlo y enseguida se lo traigo.

Ella no parecía estarse burlando de mí, porque su expresión era seria. ¿A lo mejor este restaurante es gratuito o es un lugar en el que se ofrece servicio voluntario? Pero no parecía que a los comensales les faltara el dinero. No entendía lo que estaba pasando. Por lo pronto, sonreí a la mesera, levanté un poco la mano derecha para despedirme y salí del restaurante. Ella también se despidió sonriendo y no salió corriendo detrás de mí.

Completamente desconcertado, empecé a caminar de nuevo por la calle. No pagué nada, pensé. Entonces, el café que tomé con aquel hombre debió haber sido gratis también. ¿Pero, por qué? ¿Por qué no cobran? En ese momento, se me ocurrió una disparatada hipótesis. A lo mejor en este país, todas las cosas son gratuitas... A pesar de que era sólo una idea, me pareció demasiado descabellada. Lo extraño era que estaba seguro de que no podría buscar otra lógica diferente a ésta para poder explicar ese sistema. ¡Es una auténtica locura! No puede ser que todas las cosas sean gratis en esta sociedad.

En el camino encontré una tienda de autoservicio. Decidí entrar para confirmar mi teoría. A la hora de comprar todo será más claro para mí, me dije. Una tienda de autoservicio no puede ofrecer su mercancía de forma gratuita. Si la tienda no vende, no sería negocio. Así que al entrar en la tienda, lo primero que hice fue buscar las cajas. ¡Para mi sorpresa, las encontré! ¡Sí hay cajas!, pensé aliviado. La tienda era muy grande, así que tenía varias cajas ubicadas en la salida y había largas filas de clientes. Se encontraban dos empleados por caja, quienes estaban ocupados entregando los artículos a los clientes. Al ver esa escena, me tranquilicé, tomé una canasta, puse algunos artículos al azar y me formé atrás de la última persona que se encontraba en una de las filas. No me importaba si traía dinero o no. Extrañamente me sentí tranquilo. Está perfecto. Así deben ser las cosas. Avanzaba la fila sin mayores problemas y se acercaba mi turno. Observé a los clientes y a los empleados que estaban en la caja. Uno de los empleados revisaba cada uno de los artículos que iba sacando de la canasta. El otro los colocaba en una bolsa para entregar a los clientes. Y éstos... simplemente salían de la tienda llevando la bolsa en la mano. Mi mente se quedó en blanco. Aventé la canasta y salí corriendo de la fila y de la tienda.

No me acuerdo por dónde estuve caminando. Pero cuando menos me di cuenta, ya estaba enfrente del edificio grande en el que me despedí de aquel hombre. Al entrar, lo encontré todavía haciendo la limpieza.

¿Cómo le fue en el paseo? Aquí todos somos muy amables, ¿verdad?

No supe qué contestar y las palabras no me salieron de la boca.

Se ve cansado. Deme unos minutos, por favor. En seguida, terminé mis labores y lo llevo a un lugar donde pueda descansar.

Ahora, ¿a dónde me va a llevar? me preguntaba. ¡Ya no me importa! De repente me entró mucho sueño ocasionado por el cansancio y tal vez por la resignación. Me senté casi cayéndome en el sofá que se encontraba cerca y ya no supe más de mí.

Al despertar, vi al hombre vestido de traje, parado frente a mí.

Perdón por haberlo hecho esperar. Lo voy a llevar a un lugar maravilloso.

Ni siquiera tenía ganas de preguntarle a dónde íbamos. Simplemente lo seguí. Salimos a la calle y el hombre bajó por unas escaleras ubicadas al nivel de la banqueta. Era la entrada del metro. Ahí estaba el encargado de la estación. Como era de esperarse, no había torniquete para revisar los boletos. Yo ya no tenía fuerzas para pensar. Enseguida llegó el tren al andén. Se paró sin hacer ruido, se abrieron las puertas y lo abordamos. Dentro del tren se oía música de fondo a un volumen bastante agradable. Era tan agradable que se me quitó el cansancio.

El hombre bajó del tren en una estación. Y yo simplemente lo seguí. Al salir al exterior me quedé pasmado. El viaje en metro no había durado mucho tiempo, pero en lugar de la enorme ciudad de hace rato, ahora habíamos llegado a una zona habitacional tranquila dentro de un paisaje enmarcado con la inmensa naturaleza. No eran residencias de lujo. Pero las casas estaban ubicadas manteniendo una cierta distancia entre sí y tenían un aspecto muy original. Ya estaba atardeciendo y la luz tenue de los postes iluminaba las calles y las casas bellamente.

De repente el hombre se detuvo enfrente de la puerta de una casa. Pensé que era su casa. El lugar maravilloso al que se había referido hace rato, era su casa y seguramente me quería invitar. El hombre abrió la puerta. La luz del vestíbulo se prendió sola y me invitó a pasar.

Adelante, por favor.

Me quedé parado en el vestíbulo. La casa era muy acogedora, con techos altos y el cuadro de la pared era justo de mi gusto. El hombre abrió la puerta de una habitación y me pidió que entrara. Me quedé sorprendido. La habitación era mucho más grande de lo que había imaginado desde el exterior. Ahí era la sala. En el centro del amplio espacio se encontraban un sofá cómodo y grande para varias personas y una mesa. En una vitrina de buen gusto, por cierto, había botellas de licor, al parecer de lujo y copas de diferentes formas. Pero lo más sorprendente para mí fue una mega pantalla empotrada en la pared que parecía un televisor, que apareció cuando el hombre apretó un interruptor. Sin lentes especiales, pasaban sucesivamente imágenes reales como si estuviéramos en el mismo lugar donde se llevaban a cabo las acciones. No se podían comparar con las imágenes que yo conocía de 3D.

El hombre se me quedó mirando con una sonrisa pintada en su rostro, mientras yo me quedaba sorprendido.

¿Qué le parece? Es interesante, ¿no?

Es realmente maravilloso —respondí.

El hombre dijo discretamente:

A partir de ahora, esta será su casa.

¿Perdón?

Contesté de forma desentonada. ¡Qué tipo! ¿Acaso querrá vivir conmigo o qué intenciones tendrá? Ha sido muy amable, pero ¿tendrá la preferencia aquella?

No quiero ni pensarlo. Antes muerto que soportar lo que sigue, me decía atormentado. Me puse pálido y el hombre intervino:

No piense mal. Yo tengo mi propia casa. Esta es suya, especialmente preparada para usted. Tranquilícese.

Me quedé mudo. ¿Qué dice? ¿Preparada para mí? ¿Cómo sabía que llegaría yo?, pensé. Una residencia como esta. ¿Quién y cómo me la va a prestar? Habían sucedido tantas cosas extrañas consecutivamente. Tan es así, que todo lo ocurrido rebasaba mi capacidad de entendimiento. Era inútil seguir pensando más en ello.

Después el hombre me preguntó:

¿Va a vivir aquí, verdad? Creo que no está tan mal la casa.

Sorprendido respondí a su pregunta asintiendo con la cabeza. Al parecer el hombre se tranquilizó, sonrió y me llevó a las demás habitaciones. La casa era magnífica. Si hubiera seguido pensando en todo ello, sin duda la cabeza me hubiera estallado.

Dimos un recorrido por toda la casa y regresamos a la sala. El hombre me pidió permiso para sacar de la vitrina una botella, al parecer de licor y dos copas. Él mismo preparó las bebidas. Nos sentamos en un sofá grande y brindamos. Esa bebida era un poco diferente a las que yo conocía. No era dulce, pero sí agradable al paladar y tenía muy buen aroma, además de que me hizo sentir muy bien. Por más que tomaba, no me sentía embriagado.

Me quedé perplejo y lo único que hacía era beber. El hombre me miraba con la misma sonrisa de siempre. De pronto, se me ocurrió una duda muy sencilla. Si habláramos del porqué llegué a esta casa, quizá habría infinidad de preguntas. De hecho, por mi instinto de preservación tampoco tenía muchas ganas de preguntar al respecto. Pero no podía dejar de pensar en el restaurante y en la tienda de autoservicio en donde no era necesario pagar. Por fin, me atreví a preguntar con un poco de miedo:

Oiga, ¿que no existe el dinero en este país?

Ahora, parecía que el hombre era el sorprendido.

¿Dinero? Creo que hace rato usted mencionó esa misma palabra, ¿verdad?

Después de permanecer un momento en silencio, el hombre me contestó:

Por lo menos, en lo personal no conozco ni he escuchado jamás esa palabra. ¿Cómo es?

La respuesta era de esperarse. Aun así, cuando me respondió, me quedé en estado de shock. Metí la mano a la bolsa del pantalón, saqué la cartera, tomé algunos billetes y monedas, y los puse sobre la mesa.

El hombre los tomó en sus manos y los observó con curiosidad. Después de unos minutos, preguntó:

¿Para qué sirven estos pedazos de papel sucio y estas piezas de metal?



No supe qué contestar. ¿Cómo puedo explicarle lo que es el dinero a una persona que vive en un mundo sin dinero? No es posible explicarle con sólo unas cuantas palabras. Traté de explicarle conforme me iban llegando las palabras a la mente.

En mi país si uno trabaja, le pagan con esa cosa llamada “dinero” y todas las cosas tienen un precio. Si compra o consume algo en una tienda, sin excepción, se tiene que pagar con dinero el precio que corresponde por cada artículo. La palabra “comprar” significa recibir mercancía a cambio de dinero. De igual forma se necesita dinero para hacer cualquier cosa. Sin dinero no se puede vivir.

El hombre me escuchaba con atención, mientras yo continuaba explicando. Todos vivimos con el dinero que ganamos por medio de nuestro trabajo. Por eso, mientras más trabajamos, más dinero recibimos y por lo tanto, mejor viviremos. Muchas veces no es equitativa la situación, e incluso hay gente tramposa que gana dinero sin trabajar... Pero todos tratamos de vivir con el dinero que recibimos por nuestro trabajo. Es por eso que el dinero es algo tan indispensable.

En ese momento el hombre intervino:

En otras palabras, la gente de su país no sería capaz de controlar el propio deseo si no existiera el dinero.

Me quedé callado por unos segundos, mientras pensaba qué responder. El hombre podría tener razón. Pero, aún así argumenté:

Probablemente así es. Sin embargo, si uno pudiera conseguir todo sin dinero, no habría necesidad de trabajar y tal vez la gente se la pasaría divirtiéndose todos los días.

Si todo el mundo se dedicara a divertirse, nadie conseguiría nada. Porque no habría quien fabricara ni suministrara los productos.

Seguramente habría personas que se la pasarían divirtiéndose, si no tuvieran la necesidad de trabajar...

El hombre se rió y me respondió:

Aquí no hay nadie que piense de ese modo. Al parecer, usted relaciona demasiado la cosa llamada “dinero” con el trabajo.

Pues, sí. La gente trabaja para ganar dinero.

El hombre repuso de inmediato:

El trabajo es un servicio a la comunidad. Es para el bien de la sociedad, del pueblo, y de uno mismo. Si no trabajamos todos, no sería posible sostener la sociedad, sin importar que no recibiéramos eso a lo que usted llama... “dinero”. De igual forma, si usted necesita algo, puede recibirlo de la sociedad como parte de un servicio sin ningún pago. Así funciona el sistema aquí.

Entendí un poco mejor lo que trataba de explicarme, aunque seguí argumentando.

Si una persona tiene dinero, lo puede guardar. Trabaja, gana y ahorra sin gastar. La palabra “ahorrar” significa conservar el dinero. El ahorro del banco lo puede sacar en el momento en que lo necesite. Si ahorra mucho, puede llevar una vida con lujos. Por eso es que la vida es tan divertida.

El hombre preguntó con curiosidad:

¿Qué es un lujo?

— Pues... un lujo es comprar todas las cosas que se deseen, comer comida rica, entre otras muchas cosas más...

Aquí se puede obtener todo lo que se desee —repuso el hombre.

Pero, eso no es un lujo. El lujo se refiere a tener muchas cosas, muchas más cosas de las necesarias, o bien, se refiere a tener cosas caras.

El hombre soltó una carcajada.

¿Es divertido tener más cosas de las necesarias? Además, nunca acabaríamos si persiguiéramos la satisfacción de todos nuestros deseos sin fin.

Probablemente este hombre tiene razón, pensé. Sin embargo, yo no podía perder en la discusión. Con los ahorros la gente puede llevar una vida tranquila en su vejez, aunque ya no pueda trabajar más.

En este lugar damos con gusto todo lo que las personas necesitan cuando no pueden trabajar por su discapacidad. ¿En su país si una persona con discapacidad no tiene la cosa llamada “dinero” no puede conseguir nada?

Ya no tenía ánimos de explicarle que en mi país existe un sistema de pensiones, porque se me hizo un asunto sin importancia. Hasta parecía que el mundo donde yo vivía era una sociedad miserable. Aun sabiendo que era inútil, seguí discutiendo.

¿No hay ladrones por aquí? El ladrón es la persona que toma las cosas ajenas. Como no hay dinero aquí, a lo mejor no se llevarían su dinero, pero, por ejemplo, ¿no hay alguien aquí que se apropie de lo ajeno?

Pues, no. Pero, si hubiese, ¿qué haría con mis cosas? En cualquier tienda se pueden obtener artículos nuevos.

En ese momento, sentí que había perdido el razonamiento.

Sin embargo, mi trabajo tiene mucho que ver con el dinero, como por ejemplo, la elaboración de cotizaciones y los trámites de pago. ¿Qué sucede con los bancos y las compañías aseguradoras? Si no existiera el dinero, ellos perderían su trabajo.

Espere un momento. Usted ha mencionado varias palabras desconocidas para mí. Pero, a pesar de eso, entiendo más o menos lo que me quiere decir. Las personas que se dedican al trabajo que tiene que ver directamente con asuntos de esa cosa llamada “dinero”, perderían su trabajo si éste no existiera, ¿no es así?

Asentí con la cabeza sin decir nada. Me apené un poco, porque me sentí como un niño. El hombre me dijo:

Creo que la gente invierte una infinidad de tiempo y sus esfuerzos para poder mover una cosa llamada... “dinero” en su país. Es decir, realiza una gran cantidad de trabajos inútiles para algo innecesario.

Pero, la sociedad no funcionaría sin dinero en mi país.

Pues, no creo que haya alguien que se coma este pedazo de papel o este metal, o bien, que los utilice directamente para algo en su país, ¿verdad? Por lo tanto, “el dinero” sirve simplemente como un criterio común entre las personas para medir el valor de los objetos. Entonces, si

desapareciera el dinero de repente, por ejemplo, y todos continuaran trabajando como lo hacían, la sociedad debería seguir funcionando de igual forma. Imagínese si aquellas personas que se dedican a labores que tienen que ver con el dinero, estuviesen libres de esos trabajos en su país. Y que pudiesen dedicar su tiempo y esfuerzo a alguna otra actividad más útil para la sociedad en lugar de estar moviendo el dinero. Si desaparecieran todos los trabajos relacionados con el dinero, tendrían menos carga de trabajo, ¿no le parece? Aunque aquellas personas que trabajan con el dinero abandonarían sus actividades, sin duda todos podrían seguir viviendo sin problema. Ustedes han dedicado su tiempo y esfuerzos a cosas inútiles, y aún así han venido llevando una vida hasta la fecha. Entonces ¿por qué no invierten su tiempo y esfuerzos a otro tipo de actividades que contribuyan a la sociedad? De ser así, seguramente la gente viviría mucho mejor.

Estaba yo a punto de ser convencido. Si no existiera el dinero, desaparecerían todos los problemas relacionados con él. No habría evasión fiscal, suicidios originados por las deudas, asaltos bancarios, entre otras cosas. Desaparecerían todas las contradicciones que existen por el dinero en la sociedad. Probablemente se podría salvar a la gente que sufre por el hambre y la pobreza en el mundo entero. Sin embargo, le dije al hombre:

No creo que todo marchara bien si desapareciera el dinero en mi país. Seguramente nadie trabajaría y llegaría el fin del mundo.

El hombre se rió.

Ja ja ja... ¡Qué chistoso! Por ese pedazo de papel o pieza de metal cree usted que llegaría el fin del mundo. No sé realmente qué pasaría. Pero, como dice usted, no sería posible desaparecer el dinero de repente, así como están las cosas en su país. Primero, sería necesario que ustedes fueran más maduros mentalmente. Y así, a lo mejor, algún día podrían crear una sociedad como la nuestra. Esto dependería del esfuerzo de todos ustedes.

Ya no tenía fuerzas para responder. El nivel de la plática entre nosotros era muy distinto. El hombre seguía argumentando:

Mientras la gente siga creyendo que el propósito de trabajar es ganar “dinero”, no habrá desarrollo real en su país. El propósito del trabajo consiste en contribuir a la sociedad, y no en la búsqueda de una gratificación económica. Si la gente busca la segunda, sin duda se presentará una deformación en la sociedad. Es decir, habrá quienes traten de conseguir más beneficios que hacer un trabajo realmente bien realizado o inventarán un trabajo innecesario para su propio beneficio. Si ocurriera esto, entonces se convertiría en una sociedad llena de competencias, cuyo propósito no es mejorar entre las personas, sino derribar a los rivales.

Lo que decía el hombre coincidía con la situación real de la sociedad de la cual yo venía, y me sentí más que sorprendido, temeroso. Para finalizar, el hombre afirmó:

— Le voy a enseñar una fórmula muy sencilla para evaluar si realmente su trabajo es valioso. Póngase a pensar, si desapareciera el dinero en la sociedad y usted no fuera a obtener una gratificación económica por realizar sus labores, aun así ¿cree usted que haría ese trabajo?

El hombre me entregó un papel con sus datos, me dio las gracias y se marchó. Tal vez fue a su casa. Mi cerebro había dejado de funcionar, pero me sentí más fresco y mejor. Me acosté en una cama tan confortable que sentía como si me estuviera derritiendo. ¿Cómo llegué a este lugar tan extraño?, me pregunté. No sabía por qué estaba ahí, pero aunque pareciera extraño, me sentía cómodo y sólo trataría de pasarla bien hasta el día que pudiera regresar a mi país. Pero ¿qué iba

a hacer a partir del día siguiente? De cualquier forma, todo era gratis en ese lugar y por lo menos no sufriría en el aspecto económico. ¿Me iría a turistar para conocer la ciudad? No lo sabía, no fuera que se enojara ese hombre. Seguí dando vueltas al asunto hasta que me quedé dormido.

Como no se me ocurrió otra cosa mejor qué hacer, a partir del día siguiente emprendí un viaje de lujo. Estaba maravillado. Tomaba el medio de transporte que encontraba, comía cualquier cosa en el camino, entraba a donde quisiera, y todo absolutamente gratis y sin dificultad alguna. Todas las personas eran muy amables y me orientaban sin problemas del idioma. La naturaleza de los lugares que visité era de una belleza sin igual y estaba llena de vida. Los museos, las salas de concierto, los parques de diversión, todo me parecía mejor que los lugares que yo había visitado anteriormente. Me divertí mucho, tanto que se me olvidó pensar dónde me encontraba.

No recuerdo cuánto tiempo pasó. La verdad es que no me sentía aburrido, pero sí empecé a sentirme incómodo. (La diversión de estos días es gracias al esfuerzo y el trabajo de las personas de esta sociedad, me decía una y otra vez. Si todos se la pasaran tan divertidos como yo, nadie podría vivir como lo estoy haciendo. Además, no estoy contribuyendo en nada a esta sociedad en este momento. A pesar de que mi estancia en ese lugar era una mera casualidad, empecé a sentir vergüenza. Como dijo aquel hombre, el trabajo debe estar al servicio de la sociedad. Si la gente me está ofreciendo un servicio, yo debo hacer algo para retribuirlo.) Entonces entendí un poco lo que decía aquel hombre. Marqué el número que me dejó, y por cierto ese aparato telefónico era muy distinto del que conocía yo.

Nos encontramos en la cafetería. Hacía tiempo que no lo veía y el hombre conservaba la misma sonrisa de siempre. En ese momento me atreví a decir:  
Este..., deseo empezar a trabajar en algo. ¿Me puede recomendar algún sitio donde pueda hacerlo?

El hombre, sin poder ocultar una sonrisa, me dijo:  
¿Ah sí? ¿Ya le dieron ganas de trabajar? Estaba seguro de que tarde o temprano lo escucharía de su boca, pues las personas que no piensan así, no pueden llegar a este mundo.  
¿Qué me quiere decir con eso?

Sin responder a mi pregunta, el hombre contestó con otra pregunta.  
¿Qué tipo de trabajo desea realizar?

No supe qué contestar. No había pensado en lo que quería hacer. Así que después de pensar en algo, le dije:  
Yo trabajaba en un lugar llamado “agencia de publicidad” en mi país y me encargaba de hacer cosas conocidas como comerciales para televisión. Es decir, la compañía se encargaba de la publicidad para vender los diferentes productos que se ofrecen en el mercado. Pero aquí no creo que haya ese tipo de trabajo, ¿verdad? Porque no existe el dinero.

El hombre me contestó de la manera menos esperada.  
Por supuesto que sí, hay varias agencias de publicidad. ¿Por qué piensa usted que, como no existe el dinero, tampoco hay publicidad? La publicidad sirve para difundir la información. Cuando se introduce un nuevo producto o cuando se organiza algún evento, sin publicidad nadie se enteraría de todo eso.

Me dio gusto escuchar sus palabras. Sentí que el trabajo que yo realizaba era muy importante. Pero aun así, quise aclarar una duda que tenía, así que pregunté:

Pero hasta ahora no he visto ningún tipo de propaganda de ninguna clase. No hay anuncios en la calle, tampoco transmiten comerciales en televisión.

Los anuncios de este país son vistos por personas que desean obtener información muy específica. Por eso no se colocan anuncios en cualquier lugar. En la televisión existen canales exclusivos para transmitir los diferentes comerciales. Además, cada canal está destinado a artículos muy específicos, y la gente puede ver los comerciales de los artículos que desean en el momento que ellos así lo quieran.

Según el hombre, los comerciales de ese país estaban dirigidos a las personas que desearan ampliar la información sobre algún artículo en el momento que ellos lo consideren necesario. Por eso, no se interrumpía la transmisión de los programas, como en mi país. ¡Ahora caigo!, pensé. Desde que llegué a este país, todas las cosas me habían parecido muy interesantes y no me había percatado de que había canales exclusivos para comerciales en la televisión. En cuanto regresara a casa buscaría esos canales.

El hombre me recomendó en una agencia de publicidad y logré concertar una cita con la persona encargada del área de recursos humanos al día siguiente. Al regresar a casa, prendí la mega pantalla de tercera dimensión y me puse a buscar los canales destinados a los comerciales.

Me quedé sorprendido al ver los comerciales de ahí. Como no tenían el propósito de vender, pensé que serían muy serios y aburridos, pero resultó que era todo lo contrario. Todos los anuncios eran mucho más divertidos que los que yo había visto en mi país, e incluso eran más convincentes. Tan era así, que no me aburrí de verlos toda la noche.

Al día siguiente me dirigí a la agencia de publicidad que me había recomendado el hombre. Me pasaron a una sala y después de unos minutos, entró una mujer como de unos 27 ó 28 años, de raza negra, que parecía ser muy eficiente. Se volteó hacia mí y me sonrió. Observé que tenía una cara muy bonita, además de ser inteligente.

— Bienvenido. Soy la encargada del área de recursos humanos, me dijo sonriendo.

Después de la entrevista ella decidió encomendarme a visitar a un cliente al día siguiente, para que yo lo atendiera y recibiera sus instrucciones. Cuando se trataba de una persona sin experiencia en materia de producción de comerciales, normalmente se enviaba a un centro de capacitación dirigido al personal de nuevo ingreso, pero tal vez ella decidió probarme por la experiencia que ya tenía en mi país. Me sorprendió que ella pudiera tomar decisiones sola, pero a su vez, yo estaba convencido de que se trataba de una sociedad constituida con base en la confianza entre las personas. Evidentemente yo no era el único que se encargaría de la producción del comercial, seguramente personas de otras áreas me acompañarían a la entrevista con el cliente. Me sentía emocionado, porque hacía mucho tiempo que no trabajaba. Además la idea de no percibir dinero a cambio de mi trabajo, me hacía sentir muy cómodo.

Al día siguiente fuimos a la compañía del cliente y nos hicieron pasar a la sala de juntas del área de publicidad. Habían llegado dos agencias más de publicidad con sus grupos de trabajo. Me di cuenta de que se trataba de un concurso y me sentí un poco nervioso. Sin embargo, tanto mis compañeros como los demás de las otras agencias se saludaron amablemente y comenzaron a

platicar sobre sus empresas sin tapujos. Realmente me quedé sorprendido, porque no es muy común hablar con la competencia en mi país.

Después de unos minutos dos personas entraron a la sala. Al parecer eran los clientes. Se trataban de una mujer asiática, de alrededor de 40 años, ataviada 25 con un traje sastre color claro y un hombre de raza blanca, de unos 30 años de edad, vestido de forma casual. Se sentaron a la mesa enfrente de nosotros y la mujer fue la primera en tomar la palabra:

Mucho gusto, les agradecemos que hayan venido el día de hoy, y hayan hecho a un lado sus ocupaciones. En el área de investigación y desarrollo de nuevos productos de nuestra empresa se ha estado trabajando a lo largo de estos últimos años y finalmente queremos introducir un nuevo producto en el mercado. Por eso, necesitamos de ideas innovadoras para definir su publicidad.

El producto se trataba de un nuevo modelo de aquella mega pantalla de tercera dimensión que tenía en casa. Pensé que se le habría hecho alguna modificación en el diseño, pero me sorprendí al verla físicamente. La televisión que estaba en casa era maravillosa, pero este nuevo modelo era fuera de serie. Ya no eran sólo imágenes que se proyectaban, sino que ahora los objetos parecían tan reales como si estuvieran presentes en este lugar. Inconscientemente extendí la mano y toqué a la pantalla. Obviamente la mano no cruzó la pantalla. Pero parecía que había una barrera transparente entre el mundo de la televisión y yo. Escuchábamos sorprendidos, mientras los dos clientes nos daban una explicación detallada sobre el nuevo producto. Yo estaba convencidísimo de que este nuevo producto se vendería muy bien en el mercado con ayuda de los comerciales.

Después de la reunión y de regreso en el coche, le comenté a un compañero que estaba sentado a mi lado.

Para ser clientes, fueron muy amables, ¿no cree?

El muchacho frunció el ceño como si no comprendiera lo que decía y me dijo:

No lo creo. Su comportamiento fue bastante normal.

Fue una respuesta que no esperaba, así que titubeé.

Normalmente los clientes toman una actitud de prepotencia en mi país, porque nos van a dar la oportunidad de trabajar.

Ahora quien parecía ser el sorprendido era él.

¡Qué país tan más extraño! ¿Quiere decir que las personas que piden favores, toman una actitud de prepotencia?

No supe qué contestar en ese momento y trataba de encontrar una respuesta en mis pensamientos. Empecé a reír sin querer. ¿Cómo es posible que cambie tanto el sentido común con dinero y sin él?, me preguntaba. El muchacho también se echó a reír al lado mío.

Después de la conversación que sostuve con él, me enteré de que muy raras veces se introducía un nuevo producto en el mercado de ese país, debido a que el diseño y el funcionamiento de todos los artículos estaban prácticamente perfeccionados y no había nada más que mejorar. Por eso, la manufactura de los artículos convencionales satisfacía ampliamente las necesidades de la gente. Además, las personas de ese país sabían que una pequeña modificación que se hiciera en algún producto no cambiaría sustancialmente sus vidas. Por eso es que se requería una

modificación a gran escala al momento de lanzar un nuevo producto. También el muchacho me dijo que pocas personas decidirían adquirir un nuevo producto como ése por efecto del comercial. Todos cuidaban sus cosas y normalmente las utilizaban hasta que se hacían inservibles. Por lo tanto, al momento de reemplazar un artículo, la gente adquiriría el modelo más actualizado.

Básicamente el trabajo en ese país tenía como objetivo brindar el servicio a los demás y no buscaba obtener una gratificación económica. Por eso, ellos trataban de no crear objetos innecesarios. Sabían muy bien que si las personas disfrutaran de lujos, el trabajo de los demás aumentaría, reduciendo recursos valiosos.

¡Qué diferente es todo esto en comparación con las cosas que suceden en mi país!, pensaba. Allá se inundan los mercados con numerosos productos nuevos, y quienes tienen dinero los compran sin titubeos. Evidentemente es porque la tecnología no está tan avanzada como aquí. Pero, más que eso, siento que la gente ha perdido la sensibilidad por las cosas del momento y está condicionada por las novedades y la moda. Las empresas no pueden subsistir si la gente no consume sus productos. Se puede decir que la sociedad está constituida en esta contradicción. ¿Por qué se volvió así nuestra sociedad? ¿Dónde está el error? Mientras yo pensaba en todo esto, el coche llegó a la compañía.

Transcurrieron unos días y tuvimos varias juntas con el equipo de trabajo. Todos discutíamos seriamente y con entusiasmo. Nadie perseguía las utilidades, por eso todos los integrantes del área de producción nos concentrábamos en crear un comercial simplemente divertido y fácil de comprender.

Aun así, un día me surgió una duda y pregunté al muchacho con el que venía platicando en coche el día de la reunión:

Al ver el comercial nadie buscará adquirir el producto de manera inmediata. De igual manera, el fabricante no tendrá ningún problema si la gente no adquiere su producto. Entonces, ¿por qué se necesita hacer una propaganda?

Él me respondió:

Hay quienes desean adquirir un producto de inmediato, por ejemplo alguien que necesita un producto nuevo, porque su artículo ya no funciona, o bien porque su artículo está obsoleto y habrá que reemplazarlo. Además, aunque la gente no lo adquiera inmediatamente, tarde o temprano todos lo van a tener que hacer. Por eso, es necesario difundir la información de ese producto. Si la gente no seleccionara el artículo de un fabricante, eso significaría que su trabajo no es útil para la sociedad y no tendría sentido su existencia. De todas maneras, nadie impone sus artículos y muchas empresas desaparecerían, porque sólo se fabricarían artículos innecesarios. Aun así, nadie tiene problemas y las empresas que subsisten seguirán trabajando para perfeccionar su tecnología y competir entre ellas.

Pero no creo que se necesite crear un comercial que sea divertido, ¿o sí?

Seguramente pasa lo mismo en su país. La gente busca el entretenimiento en la publicidad. Por eso es mejor que el comercial sea divertido a que sea aburrido, ¿no le parece?

Por fin llegó el día de la presentación. La propuesta de nuestra compañía fue creada por mí. En lo personal, me gustó la propuesta que planteé y todos los demás estuvieron de acuerdo. Yo me sentía francamente muy seguro. Cuando llegamos a la oficina del cliente, nos pasaron a una sala

mucho más grande que la sala en la que habíamos estado la vez pasada. Resultó ser una sorpresa para mí, ver que ahí estaban las otras dos compañías. Normalmente cuando se hace una presentación en mi país, el cliente llama a las agencias por separado y en diferentes horarios. Si no, el tiempo de espera podría prolongarse demasiado. Me sentí muy extraño y les pregunté. Me contestaron que en este país las presentaciones se hacen de manera conjunta, es decir, en presencia de las demás compañías. Me sentía más nervioso.

Entonces llegó el momento de la presentación. Las tres agencias presentaron sus propuestas en la mega pantalla, explicando los objetivos del proyecto. Las propuestas presentadas por las dos agencias estaban bastante bien hechas, por lo que me sentí un poco preocupado.

Una vez terminada la presentación de todos, uno de los clientes tomó la palabra y dijo: Les agradezco mucho su participación. Creo que todas las propuestas son magníficas. Ahora deseo que deliberen y decidan entre ustedes cuál de las tres propuestas va a ser seleccionada.

No lo podía creer. Nos estaban diciendo que entre todos seleccionáramos la mejor propuesta, pero si somos rivales... En mi país cuando concluye una presentación, las agencias se retiran y la decisión final es tomada por el cliente.

Sin importar lo que yo pudiera pensar, las tres empresas participantes iniciaron la discusión.

Creí que todos iban a insistir en que su propuesta era la mejor y que la discusión sería complicada. En contra de mi pronóstico, la propuesta de mi agencia fue seleccionada por unanimidad. Los clientes parecían estar muy satisfechos y no paraban de sonreír, todos nosotros también.

En el coche de regreso, le pregunté al muchacho del otro día.

¿Siempre se toman las decisiones de esa manera tan simple?

No, normalmente discutimos un poco más. Pero hoy resultó ser más sencillo de lo esperado, porque hubo una diferencia importante entre los proyectos presentados.

Fue una respuesta sorprendente, porque siendo el creador de ese proyecto, no vi mucha diferencia entre nuestro proyecto y los demás presentados.

¿No deseaban ustedes que su proyecto hubiera sido el seleccionado?

Si la propuesta presentada hubiera sido la mejor, así lo pensaríamos. Pero si hay otra mejor, decidiríamos que esa otra fuera la seleccionada. Porque esto es en beneficio del cliente.

Tenía lógica el comentario. El trabajo de las personas de este país era a favor de la sociedad y de la gente. En ningún momento se piensa en el beneficio propio, e incluso tampoco hay necesidad de perseguirlo. Un vez más, me atreví a preguntar:

¿Entonces el cliente no decide cuál será la propuesta seleccionada?

Él volteó la mirada hacia mí y frunció el ceño.

No es bueno que dejemos a los amateurs tomar las decisiones. La selección de la mejor propuesta corresponde al trabajo de la agencia.

A pesar de que su comentario era tan obvio, me sorprendí.

Pero, si fracasara el proyecto, ¿qué harían? Por eso es que conviene que el cliente seleccione la propuesta.



Al escucharme, él se echó a reír.

— Ése es un acto irresponsable. No hay nada de qué preocuparse. La decisión tomada por nosotros tiene menos probabilidad de fracasar que si la decisión hubiera sido tomada por el cliente. Además, todos confían en nosotros.

Sentí sobre mi espalda una gran responsabilidad, pues tenía que esforzarme por crear una buena propuesta para que el cliente no se fuera a la quiebra. De igual manera, si la empresa se fuera a la quiebra, no dejaría a los empleados en la calle. Pues, lo que pensé era una idea irresponsable...

Comprendí una gran parte del mecanismo de esta sociedad. Todo está constituido en la confianza. Todos piensan en cómo pueden contribuir a la sociedad y colaborar con la gente, y trabajan haciendo lo que saben hacer. La gente no desperdicia nada y trata de vivir con lo mínimo necesario. En comparación con nuestra sociedad, la tecnología en todas las áreas está sumamente avanzada y la gente parece llevar una vida llena de riqueza. Pero básicamente esa riqueza a la que me refiero es distinta al lujo que conocemos. No genera basura y la mayor parte de los recursos son reciclables. Nadie busca querer vivir mejor o tener una mejor posición social de la que tienen. ¿Será acaso porque aquí no existe el dinero, o tal vez porque la gente con esa cualidad no lo necesita?

Habían pasado varios días como si fuera un instante, y continuaba en mi trabajo sin mayores problemas. Me acostumbré a la vida de ese lugar y conocía a mucha gente. Todas las personas eran honestas y podía tratarlas con tranquilidad. Todo era absolutamente cómodo. Había desaparecido de mi mente la idea de aferrarme al dinero y a la posición social. Me sentía más ligero, como si hubiera abandonado una carga muy pesada.

Me encontré con aquel hombre que hacía mucho tiempo no veía. Con la misma sonrisa pintada en su rostro me dijo:

Se ve bien. ¿Cómo le va en su trabajo?

En mi vida me había sentido tan satisfecho como ahora. Estoy haciendo mi mejor esfuerzo en todo lo que hago. Me da mucho gusto contribuir con la sociedad.

El hombre asintió con la cabeza sonriendo, y continué con mi comentario.

No sabía que existiera un lugar tan maravilloso como aquí. Quiero dar a conocer este lugar a otras personas de mi país. ¿Dónde es aquí?

El hombre puso una cara titubeando por un momento, se acercó frente a mí y me dijo sonriendo:

Usted ya ha de saber dónde estamos, ¿no?

Se hizo un breve silencio durante algunos instantes. Las palabras no me salían de la boca y simplemente miré al hombre fijamente. De repente, se me ocurrió una palabra, “el cielo”. En este momento sentí que se habían resuelto todas mis dudas.

Cuando menos me di cuenta, estaba parado otra vez en la misma ciudad conocida de siempre. Efectivamente era mi ciudad. El cielo era de color gris, el ruido del claxon de los vehículos no dejaban de sonar. Respiré el gas que emitían los coches y empecé a toser. Estaba a punto de

chocar con una señora que llevaba unas bolsas de las tiendas de autoservicio, ella me miró enfadada y se marchó. Entré en una cafetería. Se acercó una mesera con cara molesta y se paró al lado de mi mesa. Ordené un café, ella desapareció del lugar sin decir nada y después me llevó el café en una charola. Dejó la taza de café sobre la mesa sin ninguna gracia. Cayó un poco de café en el plato. Le di un sorbo y me pareció horrible el sabor, pero extrañamente no me disgusté como antes lo hacía.